

El Garbanzo



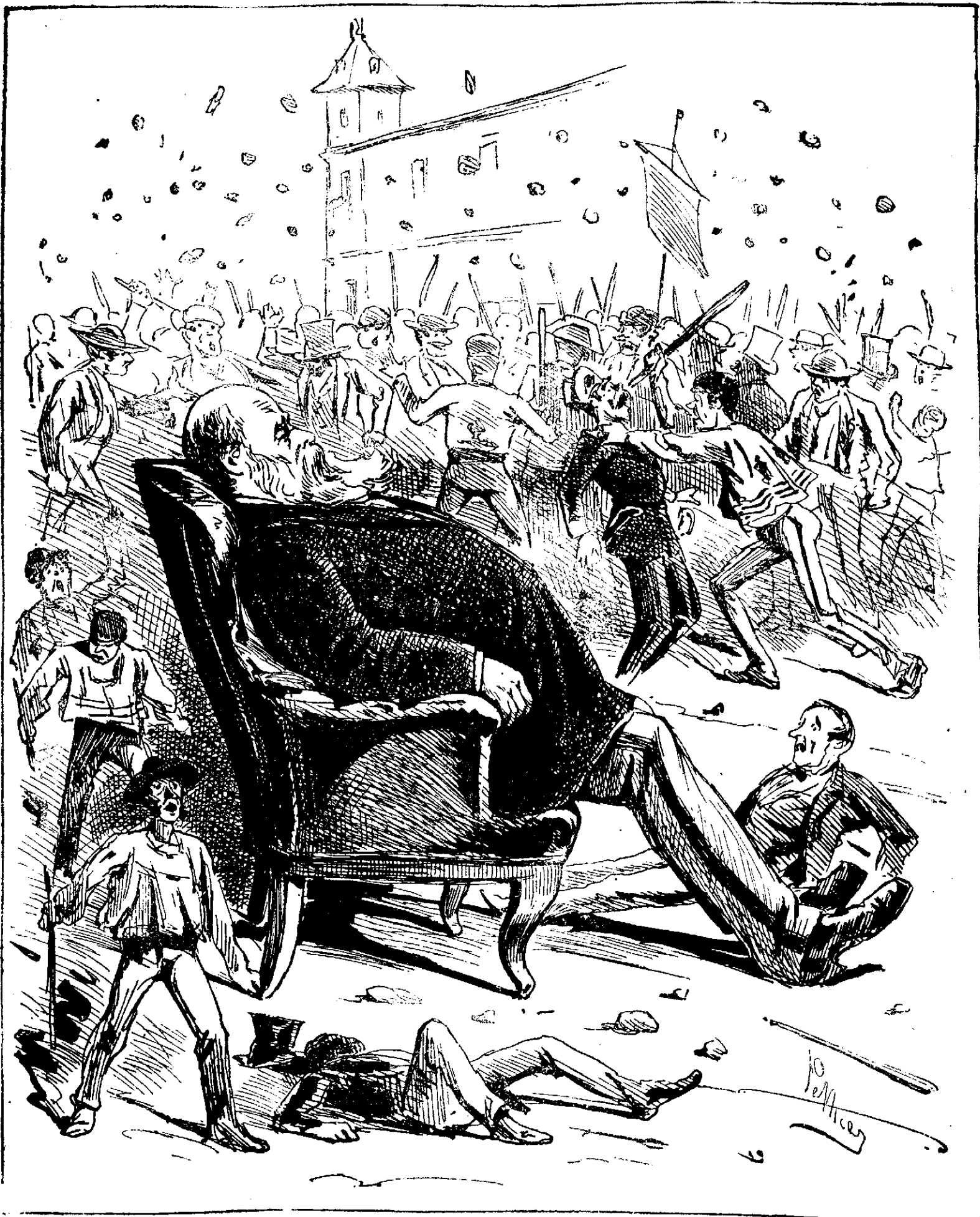
PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España — Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuartos.—La correspondencia al Director, Magdalena, 19, principal izquierda.

Una indigestion cada ocho dias.

ACTUALIDADES.



Un gobernador radical en un día de motin. ¡Esperando á que haya motivo!....

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Los señores suscritores cuyo abono termina en 15 de Octubre, y no hayan renovado hasta el martes próximo su abono, no recibirán el número siguiente.

Lo mismo advertimos á todos los corresponsales de provincias que están en descubierto.



AL vez á estas horas el magnífico Arsenal del Ferrol esté completamente destrozado.

Segun los partes recibidos al entrar en prensa nuestro periódico, las pérdidas ocasionadas por los destrozos ascienden ya á muchos miles de duros.

Lo hemos dicho en otra ocasión. El país sufre las consecuencias de todas estas insurrecciones, y el carácter levantisco ó las ambiciones de los

ménos, tienen siempre en continua alarma á los más.

Mientras en Cataluña sufren los habitantes de los campos y de la montaña las consecuencias de la guerra carlista, en el Ferrol se ha perdido la tranquilidad y corre la sangre á consecuencia de la insurrección republicana.

Mañana tal vez nos despertaremos sabiendo que en Andalucía hay insurrección con carácter alfonsino, y pasado mañana puede ser que el petróleo haga estragos en cualquier otra provincia de España.

¿Quién tiene razón? ¿Quién representa la opinión del país? Ninguno. Cataluña vive de su comercio, Andalucía de su cosecha, el resto de España de sus transacciones y de sus negocios. Un puñado de hombres de este ó del otro partido nos han de tener siempre en continua alarma.

En España siempre ha de haber disgusto nacional. Pensar que aquí puede haber prosperidad es pensar una tontería.

Nuestro número de hoy pecará tal vez de sombrío y quejumbroso; pero las circunstancias nos van volviendo pesimistas.

Y á todo esto el Gobierno radical creyendo que tiene asegurada la vida.

¡Esto sí que es risible y ridículo!

DRAMAS DE LA VIDA.

(Cuento cimbrio.)

—Señor gobernador, que le están á Vd. sacando el pañuelo del bolsillo.

—¿Quién?

—Un ratero.

—Déjelo Vd.

—¡Pero, hombre!

—Déjelo Vd., que hasta que no haya concluido de sacármelo, no estoy autorizado por la Constitución para castigarle.

—Ya escapó con el pañuelo. Mírele Vd. cómo corre.

—Ahora procederemos á su detención. Llame Vd. á un inspector.

El inspector viene.

—¡Señor!

—Ha de saber Vd. que un criminal, cuyo nombre y señas ignoro, me ha robado el pañuelo.

—Muy bien, señor.

—Hombre, no; muy bien no, muy mal.

—Eso quiso decir, señor.

—Bueno; procederá Vd. á buscarle, y una vez hallado le hará Vd. prender.

El inspector vuelve.

—Ya le tengo aquí.

—¿A quién, al pañuelo, ó al hombre?

—A los dos.

—¿Dónde le ha preso Vd.?

—En su casa.

—¿En su casa? ¡Pero, hombre de Dios! Vd. me quiere perder miserablemente!

—¡Yo!

—Usted no conoce la ley ni sabe lo que son los diputados para cogérmelas al vuelo. Restituya Vd. inmediatamente ese hombre y ese pañuelo á su domicilio, y no vuelva Vd. á violar el domicilio de nadie!

—Está muy bien. Pero, ¿y luego qué hago?

—Esperar á que el criminal esté en la vía pública.

—¿Y el pañuelo?

—Que se lo lleve. Ya se lo recobramos.

—Bien.

A los ocho días.

—Inspector.

—Señor.

—¿Prendió Vd. á aquel criminal?

—No señor; porque aun no ha salido de su casa.

—¿En ocho días?

—En ocho días.

—¿Si yo pudiera ir!

—Dicen que está enfermo.

—¿Enfermo? No voy.

—Dicen que se muere.

—¡Pobrecillo!

—Ahora mismo me avisa que se ha muerto.

—Descanse en paz.

—¿Le prendo?

—Hombre, no sé qué le diga á Vd. No sé cómo está la ley sobre eso. Sin embargo, en la vía pública...

—Ahora vienen á avisar que ya está enterrado.

—No podemos violar el último domicilio. Haga Vd. publicar ese suelto en todos los periódicos radicales;

«La cuestión del pañuelo del gobernador no ha podido tener la solución que exigía la ley, porque el ratero ha muerto de hambre encerrado en su casa, lo cual prueba hasta qué punto se respeta el domicilio, y además, que el ratero ha podido ejercer el derecho de morir antes que dar gusto á la autoridad. Donde quiera que vemos un carácter, lo reconocemos.»

»La sociedad ha perdido un hombre, y la autoridad un pañuelo de yerbas. Séales la tierra ligera.»

EL PAÍS ES INDIFERENTE.



Se enojan algunos políticos de profesión con EL GARBANZO porque pretenden que nuestras doctrinas son fatales á la política general del país.

Aseguran que lo son, porque, según ellos, hacemos propaganda de indiferentismo político.

Así es, en efecto.

Desde nuestra aparición venimos predicando el indiferentismo político, que es lo mismo que si predicáramos el amor al trabajo, única fuente de felicidad; y para trabajar no se necesita pertenecer á ningún partido. Únicamente los que no quieren ó no saben trabajar pueden hallar atractivos en la política y, sobre todo, en la empleomanía.

La propaganda estaba indudablemente hecha antes de que nuestro periódico viera la luz pública, porque al tercer número de EL GARBANZO ya subía la suscripción y venta al respetable número de veintemil ejemplares, número que ha aumentado despues, como puede probarse con el testimonio del dueño de la imprenta donde se imprime nuestro periódico.

Es, pues, evidente que el país, en su gran mayoría, es indiferente en política; y lo es, porque está desengañado de todos los partidos: porque todos los que han mandado hasta la fecha le han defraudado en sus esperanzas, le han engañado miserablemente.

Y por si acaso nuestra afirmación no fuese bastante, tres opiniones respetables de hombres políticos que deben estar bien enterados, han venido en muy poco espacio de tiempo á confirmar cuán lógico es el éxito de nuestro periódico.

Primeramente fué *La Epoca*, si mal no recordamos, la que, al ocuparse de las elecciones pasadas, afirmaba que la mayoría del país era indiferente en política.

Despues fué el Presidente del Consejo de Ministros, en un discurso, á los pocos días de haber subido al poder, quien declaró asimismo que la mayoría del país era indiferente á las luchas de los partidos.

Anteayer, por último, ha sido la elocuente y autorizada voz de un orador eminente, el Sr. Salmeron, quien ha venido á repetir lo mismo á la faz del país, en pleno Congreso. El Sr. Salmeron cree que la inmensa mayoría del país es indiferente en política.

Pues á esa gran mayoría representamos y seguiremos representando nosotros en la prensa. Al verdadero país, al país que no cree ya en partido ninguno, ni en hombre público ninguno. Al país paciente y desengañado de todo adorno, en virtud de la mezquindad, de la infamia y de la ambición de los hombres políticos, que lo son por puro interés personal y no por el bien de su patria.

Al país que vive de su trabajo y no quiere más política ni más ideal político que la regularidad personal, el orden, la paz, la no intervención del gobierno en nada para perjudicarlo todo. Al verdadero país, en una palabra.

LA HACIENDA EN CUEROS.



Un asunto que interesa á todo el mundo, y del cual vamos á tratar, dejará convencido al curioso lector de lo que son los proyectos de los hombres políticos y de la manera como se presentan.

Los proyectos financieros presentados á las Cortes, y pendientes de su resolución, son tales y están hechos de modo, que al que no esté en los detalles de tal género de documentos, le pueden parecer cosa muy llena de verdad y de franqueza.

Contribuyentes cándidos, oid esto al oído.

En ninguno de esos proyectos se dice con franqueza y clarito cuál es hoy, día de la fecha, la situación del Tesoro público.

¿Por qué no se dice?

Se nota una oscuridad tal en esto, que al que la observa, no puede ménos de sorprenderle.

Se hace constar el importe de la deuda flotante; pero no el de las mil y mil obligaciones que están en descubierto y no forman parte de aquella.

Si el Congreso conociera esto, que en buen comercio se llama *saldo*, podría poner los medios de hacer una liquidación, pero Vds. verán cómo el Congreso no se para en barras.

El Gobierno pide de extraordinario para pagar los descubiertos del Tesoro... 1.400 millones efectivos.

Se los pide á las Cortes, pero quien los ha de dar es el país.

Pues aun suponiendo que las Cortes concedan esto, solamente la deuda flotante, representada por pagarés y letras con garantía de valores, ascendía el 30 del mes pasado á la friolera de 1.620 millones.

Pues añada Vd. ahora lo que el Gobierno debe á todas las clases que cobran del Tesoro, y la diferencia que de aquí á fin de año va á resultar entre los ingresos y los gastos, y ajústeme estas medidas el Sr. Ruiz Gomez.

Pero el Sr. Ruiz Gomez, que tiene la pretensión de hacer grandes cosas, ha pensado ya en esto y ha dicho:

—No me fijen Vds. límite á la deuda flotante, porque de este modo se evitarán infracciones legales como las que se han cometido hasta aquí, y por las cuales suplico á Vds. que me dispensen.

De aquí resultan dos cosas:

1.ª Que se han cometido infracciones legales.

2.ª Que las Cortes las dispensan.

Y de estas dos cosas juntas, resulta otra que es más negra.

Que el Gobierno se ha permitido emitir efectos públicos sin permiso de las Cortes ni de la Constitución del Estado, *por mor* de la gravedad de las circunstancias.

Con esto y con aumentar las contribuciones y crear otras nuevas, que tambien esto entraba en el gran plan financiero, y tambien lo aprobarán los Diputados que usted, señor contribuyente, ha enviado á Madrid, creo que no quedarán Vds. descontentos de nuestros eminentes hombres políticos, que para puestos en remojo, no tienen precio.

Esto es gozar, y lo demás es tontería.

QUE SE CALLEN.



Unas cosas vamos oyendo á propósito de las Antillas!

Las cuestiones de Ultramar van tomando un carácter tan ágrío en el Senado y en el Congreso, que van á acabar por convencer á los españoles de por allá de que no hay aquí dos adarves.

El asunto común en materia de patriotismo.

Un día y una noche levanta un diputado ó un senador á hablar de Cuba, nos echamos á temblar.

Entonces se dirigen á los voluntarios, y otros por decirlo así, los reformistas, dicen cada cosa, que más que espantar nos parecen norte-americanos ó ciudadanos de Yonkers.

Pues no le digo á Vd. nada de las bofetadas de demagoguía que le suele dar el Gobierno al elemento español de la isla!

Si yo fuera voluntario de la Habana, le había de escribir á algun ministro:

«No nos defienda Vd. porque nos va Vd. á volver locos.»

De los que se llaman reformistas no le digo á Vd. nada. Hay caballero de estos que se llaman abolicionistas, que segun un periódico, acaba de vender en Cuba todos sus negros, y hasta el ama que le dió de mamar.

Al Sr. Diaz Quintero le ha dado por los voluntarios.

El Sr. Moncasi tuvo algun tiempo la monomanía de los fusiles, como Suñer la de Dios. A este otro amigo le dá el naipe por los voluntarios de la Habana.

Le digo á Vd. que entre unos y otros van á acabar por perder la isla de Cuba.

La Habana se vá á perder,
la culpa tiene el dinero,

contaban hace algun tiempo por ahí.

Ahora podríamos cantar:

La Habana se vá á perder,
la culpa tienen los cimbríos.

Nosotros creíamos, que estando la isla de Cuba como está, no era ocasion de discutirla, sino de conservarla.

Pero ya se vé, eso de conservar parece cosa de conservadores. Contentos deben estar los voluntarios de Cuba con toda esta gente!

A los cimbríos, y á los progresistas y demás gente de medio pelo, se les figura que se puede ser liberal en un país como Cuba, donde un átomo de libertad concedida por el general Dulce bastó para ver lo que podia resultar de aquello. Si dura dos dias mas arde la Habana.

Ruiz Zorrilla ya no se acuerda de que la revolucion de Setiembre se hizo en un barco al grito de ¡viva la reina!

Pues lo mismo le digo á Vd. de la conservacion de Cuba. Como no se conserve al grito de ¡viva España! no hay tu tía. Lleve Vd. á la Habana los derechos individuales y verá Vd. qué paso lleva aquello.

Afortunadamente, allí hay quien pierda la vida defendiendo el territorio palmo á palmo: que si fuera á defenderse con los discursos que hacen aquí los reformistas por un lado, y los ministeriales por otro, ya estaban frescos los españoles de Ultramar.

Signan Vds. barbarizando unos y otros, que entretanto mueren allí los soldados como moscas, y los voluntarios recorren los campos metidos en agua y durmiendo en los pantanos, y perdiendo la salud, la hacienda y la vida....

Allí quisiera yo ver á todos estos diputadós y senadores tan fogosos y tan elocuentes.

¡Dá *disenteria* oír ciertas cosas!

TEATROS.

Pocas novedades. Estreno de *Rafael* con gran éxito en el teatro Español, y primeras representaciones en esta temporada del conocido proverbio *No la hagas y no la temas*, en el que Ricardo Morales ha estado á grande altura, y la Boldun tan encantadora como siempre.

Se abrió el teatro Real. La primera noche hubo la oposicion que hay siempre en España á todo negocio naciente. Todo el mundo procuró hincar el diente. Las demás noches todo ha ido bien. Aplausos, gente, afiancion, etc.

El primer turno es el mejor de todos.

En la Zarzuela el beneficio de Ramos Carrion, á quien felicitamos por su restablecimiento. Leyó una bellísima poesia aquella noche.

En los Baños estreno de un folleto contra Arderius, cuyo título y autor llamamos por hacer favor á este.

Se ha querido poner en evidencia á Arderius, y ni esto es propio de la escena, ni permitido, ni le ha parecido bien á nadie.

En el Circo estreno de un drama de Garcia Gutierrez titulado *Noja Urra de Castilla*.

No nos alcanza el tiempo para dar cuenta del éxito, y lo haremos en el número que viene.

Comarad, autores españoles.

24,000 duros ha producido en París á Sardou las representaciones de su comedia *Rabagas*.

Una verdadera zarzuela.

Un doctor polaco ha devuelto la vista en París á la hija de Tamberlik. En seguida ha pedido su mano y se ha casado con ella.

No es este el argumento de *Luz y sombra*?

DEBAJO DE LA CAMA

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—¡Bien pensado! Es decir... antes debias convencerte...

—Si sigue en Madrid la mato. Pero á quien mataré de todos modos será á él... al pícaro seductor, yo te lo juro.

—Sí, á él debes matarlo... dijo D. Frutos, que se ponía por un momento en el caso de D. Juan, y sentía que la sangre le retozaba en el cuerpo; á él sí. ¡Yo haria lo mismo!

Figúrate, lector, el buen rato que Gustavo pasaria oyendo esos consejos. Un sudor se le iba y otro se le venía, y se ponía amarillo, verde, rojo, de todos los colores posibles.

—Me marchó á la alcaldía á ver si logro que esa mujer me descubra todo el hilo de la infamia.

—Vé con Dios, Juan; pero ante todo... no te fies de las apariencias; mira que muchas veces...

—Adios, dijo D. Juan; y di á esa ingrata, añadió en voz alta para que ella lo oyese, que acabó para mí, que me avergüenzo de haberle dado mi nombre.

Dicho esto salió D. Frutos le acompañó hasta la escalera.

Gustavo que, con la cabeza apoyada en el suelo, habia mirado desde su escondrijo al marido de Felisa, tuvo un momento de angustia que se hizo mayor luego.

En la precipitacion de ocultarse, cuando D. Frutos llegó, habia dejado sobre una silla su sombrero, en el cual afortunadamente no habia reparado el marido.

Cuando Gustavo lo vió, creyó llegado su último momento, y estaba ya viendo á D. Frutos reparar en aquel sombrero, sospechar, buscar luego á su dueño y encontrarle.

Esta inquietud aumentó cuando D. Juan, al marcharse, por tomar su sombrero tomó el de Gustavo.

Si llega ponérselo en el gabinete, ó en la sala, todo se habia descubierto; pero felizmente, D. Juan sentia demasiado calor en la cabeza, y no se lo puso hasta llegar á la escalera.

Gustavo, que comprendió lo que iba á suceder, aprovechó aquel instante en que el gabinete estaba solo, salió de debajo de la cama, cogió el sombrero de D. Juan, que era mucho mayor que el suyo, y volvió á meterse en su escondite, apabullando el sombrero para apoyar en él su cabeza.

Sucedió en este tiempo lo que era natural que sucediera. Cuando D. Juan fué á ponerse el sombrero, se le quedó en la coronilla.

—¡Este no es mi sombrero! exclamó.

—Será el mio, dijo D. Frutos. ¡Pues no es! añadió luego sorprendido.

—Pues yo he traído el mio.

—¡Imposible!

—¡Te digo que sí!

—¡Entonces será ese!

—¿Cómo ha de ser, si ya véas como me queda?

—¿Pues de quién ha de ser, no siendo tuyo?

—Verás como el mio está en el gabinete.

Y volvieron al gabinete, y buscaron el sombrero que, como es natural, no pareció.

—¡Lo véis! dijo D. Frutos, que ya habia empezado á sentir ciertas inquietudes.

—¡Pues te aseguro que yo he traído mi sombrero!

—Estás medio loco; no es extraño.

—Pero hombre, ¡si estoy seguro!

—No seas tonto. ¿Vienes ahora de tu casa?

—No, de la alcaldía.

—Pues allí lo habrás cambiado.

—¡Te digo que he traído mi sombrero!

—Hombre, no seas terco. ¿De quién habia de ser ese?

—¡Qué sé yo! Tienes razon, estoy trastornado; acaso no habré notado hasta ahora que este sombrero no era el mio.

Y se lo puso, y salió con él, puesto al modo de solideo sobre el occipucio.

Gustavo respiró con fuerza. Se habia salvado por entonces.

CAPITULO IX.

Una solucion inesperada.

D. Frutos, cuando despidió á su desesperado amigo, volvió al gabinete, en el cual entraron tambien Concepcion y Felisa.

—¿Se ha convencido? Preguntó esta.

—Completamente, dijo D. Frutos; está convencido de que Vd. le ha faltado.

—¡Ah!

—Y mañana la envía á Vd. con su familia.

—¡Dios mio! ¿Qué vergüenza!

—Señora, haberlo pensado antes.

—¡Cómo!

—Quiero decir que... es doloroso, efectivamente, añadió D. Frutos, que no podia menos de expresar sus verdaderos sentimientos.

Y para él, en vista de aquellas cartas, Felisa era culpable. Esta no cesaba de llorar, y Concepcion lloraba con ella, des-

ahogando así la opresion que sentia por el compromiso en que Gustavo la habia colocado.

Así pasó una hora; lloraban las dos mujeres, Gustavo temblaba, y D. Frutos se convencía más y más de la culpabilidad de Felisa.

Gustavo, cuando despues de coger el sombrero de D. Juan volvió á colocarse en la postura que antes tenia, sintió dolores atroces, producidos por el cansancio y la dureza del suelo.

—Me parece oportuno que te acuestes. Frutos, dijo Concepcion, que ansiaba el momento de que su marido se durmiese para hacer salir de allí á Gustavo.

—Buena, me acostaré, pero Vd. Felisa, debe acortarse tambien y descansar. Si en efecto Vd. es inocente, el tiempo lo aclara todo, y quedará Vd. en el lugar que le corresponda.

—Sí, Felisa, dijo Concepcion, te acostarás y procura dormir.

—¡Imposible!

—Al menos descansarás.

—Eso es, ¡descansará Vd!

—Pero Dios mio, ¿qué he hecho yo para ser tan desgraciada? exclamó en uno de esos momentos en que hacia dudar á D. Frutos.

—Consuélese Vd., dijo esta, todo al fin se descubre, y Juan descubrirá indudablemente el misterio de esas malas apariencias que condenan á Vd.

Por fin convencieron á Felisa, y se decidió á echarse en una cama que le improvisaron en la habitacion donde habia permanecido mientras estuvo su marido en el gabinete.

Cada vez que salia de este Concepcion, se apoderaba de ella el terror si quedaba allí D. Frutos, pues temia que cualquier casualidad le hiciese descubrir á Gustavo.

Ya se habia acostado Felisa, y habia vuelto á desnudarse D. Frutos.

Concepcion se disponia de nuevo á apagar la luz, para que, aprovechando la oscuridad, saliese Tenorio del escondrijo, y conseguir no desnudarse delante de él, cuando tres golpes dados á la puerta de la calle con violencia, seguidos de otros tres despues de un corto intervalo, y de otros tres luego, hicieron comprender á los esposos que D. Juan era quien llamaba.

(Se continuará.)

ENTRE RUIZ GOMEZ Y UNO DE SUS COLEGAS.

—¿Qué opina usted del pacto de Oroquieta?

—Pues opino... que no hay una peseta.

—Lo del Ferrol traerá disgustos hartos.

—¡Si viera usted qué mal estoy de cuartos!

—Pero hombre qué nacion tan desdichada!

—Pero hombre, ¡y qué tronada!

—¿Qué dice usted del clero?

—¿Quién, yo? Pues... ¡que me coje sin dinero!

Para ya de 6.000 los oficiales adheridos al pensamiento magno de la revision de las hojas de servicios.

Verdaderamente que el único medio de que sepamos lo que vale cada oficial español es ese.

Algunos sé yo que tiemblan al pensar que se llegue á realizar algun dia la revision.

Por algo será.

Me adhiero al pensamiento.

El señor de Albareda, ex-unionista, y luego liberal montpensierista, y amadeista luego y aun ahora, y elegante escritor, declama y hora, diciéndo que esto está comprometido y que el país sucumbe dividido; y á guisa de responso, presiente que se acerca el niño Alfonso. Pues, señor de Albareda... ¡que se salve el que pueda!

El duque de la Torre y el marqués de Salamanca van de caza uno de estos dias.

Figúrese Vd. si estos dos amigos juntos cazarán.

Son capaces de cazarse el uno al otro.

La señora *Tostolini* tiene un fuerte *constipati*, que le dan un *pichenai* con salchichón de *tonali*.

—Don Manuel, están luchando

y están fuera de la ley.

—¿Y Vd. lo está tolerando?

—Eso es bueno; y así el rey...

—¿Qué hará?

—¡Se la irá tragando!

—¡Pido la palabra!
—¿Para qué?
—Para...
—No hay *palabra*.
—Es verdad; si hubiera *palabra*, ¿estaríamos aquí *nosotros*?

Un diputado nuevo
ha dado en almorzar velas de sebo,
y un senador muy grave,
quiere abrir la sesión con una llave.
¡Si yo me lo temía,
que esta gente novel no gustaría!

Esto no nos lo han contado, que lo hemos oído. Llega un diputado corriendo á la calle de la Libertad cuando acaba de ocurrir el hundimiento de una casa, y dice muy alarmado:

—¿Qué es? ¿Qué es?
—Que se ha hundido una casa y han perecido cinco obreros.
—¡Tomal! ¡Yo pensé que era alguna cosa de orden público!
Y se marchó refunfuñando.

Escriben del Ferrol
que no queda en las calles ni un farol,
porque así que las tropas arribaron
casi todas las luces se apagaron.
A esta luz, ¡oh patriotas!
revisadme las hojas de servicios.

—¡Madre, aquí hay unos carlistas que vienen de parte del gobierno á que les demos tío lo que que haya en casa!
—Diles que acabo de pagar la contribucion á unos soldados, que me se lo han comido tío!

Un muchacho vé á su padre cebar un pavo con nueces, y le agrada el sistema.

Al día siguiente se vé solo, coge un pollito y le encaja una nuez que se queda detenida en el pescuezo del ave.
Agítase el pollo próximo á asfixiarse, se asusta el chico, coge dos piedras y machaca entre ellas el cuello del animal.
La nuez pasa, pero el pollo...

A caballo en una yegua
que ha tomado doble pienso,
va oliendo á cuco á una legua...
—¿Pero quién es?
—¡Sanchez Bregua
que va á cazar un ascenso!

Ha llegado un ayudante del general Baldrich á conferenciar con el gobierno.

—¿Qué le parece á Vd.? ¿A que resulta de esto alguna partida nueva?

—Vengo porque el general
no quiere que aquí se entibie
el entusiasmo oficial.
—¿Y cómo está aquello?
—Mal.
—Dígale Vd. que se alivie.

Son muchas las quejas que, ya de palabra, ya por escrito, hemos recibido de varios empleados del cuerpo de telégrafos, en que, á vueltas de lisonjeras palabras, se nos culpa de haber maltratado á dichos señores. Es un error. Nosotros hemos hecho un artículo humorístico, pero no un insulto personal, porque no solemos hacerlos nunca, y además sabemos cuán penosa es la vida del telegrafista en España; pero esos mismos señores nos confiesan que el servicio está mal montado, que las líneas están en un estado deplorable... ¿de quién es la culpa? ¿Del Gobierno? ¿De la Hacienda? ¿De *arriba*? ¡Pues estamos conformes Vds. y yo! ¡Si yo muy bien que están Vds. mal pagados, peor atendidos, y olvidados completamente del Gobierno!

Y digo todo esto á aquellos que me han hablado ó escrito con amabilidad, con cortesía, con cariño. En cuanto á los que me han dirigido groserías, les perdono su mala educacion y no me acuerdo de sus nombres.

¿Qué sucede en el Banco de Sevilla?

Hemos visto en un periódico un artículo que se titula *¡Luz, Luz!* Al principio creímos que llamaban á alguna perra; pero luego hemos leído algo de excesos escandalosos cometidos en el Banco de Sevilla.
¿Que se cuente!

¿Quiere Vd. leer un libro muy curioso?

Pues compre Vd. el que acaba de publicar el Sr. Alvarez Guerra, titulado, *De Manila á Marianas*. Es una interesante relacion de viaje que se vende en las principales librerías.

Un sábio filólogo, candidato á una plaza de académico de la lengua, hace dos meses que está dando vueltas al siguiente problema:

«Si la palabra *zaque* fuera esdrújula, ¿dónde debería cargar el acento?»

Un ignorante ha dado la siguiente solución:

«Como *zaque* y *académico* son sinónimos, si *zaque* fuera esdrújula, el acento debería ponerse en la sílaba *de*.»

Un niño.—Cuando una manilla de un reloj apunta á un lado y otra á otro, ¿qué hora es?

—La *doncella*.—Por ahí!... por ahí!...

El amor es como el calzado: cuando es bueno, dura poco, y cuando es malo... ¡échete Vd. guindas!

—¿En qué se conoce que una mujer está enamorada?
—Si es jóven, en que está pálida, y si es vieja, en que está colorada como la grana.
—¿Y si no es jóven ni vieja?
—En el modo de andar.

El domingo salió por esas calles un periódico titulado *Gil Blas de Santillana*.

El público creyó que el periódico estaba hecho por nuestros amigos Robert, Pellicer, Matoses, etc.; se apresuró á comprarle, y el gracioso explotador de un nombre acreditado, hizo su agosto.

Pero ¡ah! un día de estos nuestros amigos darán á luz su periódico, y el *Gil Blas* novato quedará reducido á uno de esos periódicos que viven con más necesidades que un maestro de escuela.

El confesor.—Decidme, niño, ¿cuántos dioses hay?

El niño.—Eso, segun la religion que usted profese, padre cura.

Conozco á un profesor de matemáticas, que al cabo de cinco años de estar enseñando el álgebra á un muchacho ha conseguido hacer de él un magnífico... oficial de sombrerero.

He conocido un hombre tan distraído, que toda ponderacion es poca.

Un día quiso meterse dos cuartos en el bolsillo, y equivocadamente se metió él y dejó la moneda fuera.
¡Oh! ¡era un hombre!...

Pues otro día tuvo ese sugeto un gran disgusto á causa de una enorme equivocacion, y el compromiso en que se hallaba era tal, que no encontró otra solución que la del suicidio.

Madrugó, pues, se fué al Retiro, y al p.uer guarda que vió ¡pun! le deserrajó un tiro, cayendo el guarda exánime, mientras mi amigo decía: «¡Vd. dispense, ha sido sin querer!»

Por fortuna al guarda no le sucedió nada, porque al cargar la pistola el *suicida de priquinos*, se metió la bala en la boca creyendo que era una oblea, y se la tragó, resultando con esto que el guarda recibió el tiro, y á mi amigo se le quedó la bala dentro.

CHARADAS.

1.ª

Es tu mirada tan dulce,
tan impregnada de amor,
que sin querer, al mirarte
se me escapa prima y dos.
Cuarta con segunda hace
de tus ojos el fulgor,
que segunda y terciá de ellos
como los rayos del sol.
Tu nombre, en fin, niña hermosa,
que tanto lo adoro yo,
más impreso que en el todo
lo tengo en el corazón.

2.ª

Hice en un tiempo prima y segunda
á una criolla de Washington
pero la ingrata, que es terciá y cuarta
no me escuchó.

A los desiertos de dos y cuarta
desesperado pensé marchar,
é entre las aguas de terciá y prima
poderme ahogar.

Por fin al todo con esperanza
tras de mi niña pronto volví
y en cruda guerra si no me ama
juro morir.

3.ª

Tras de una prima y segunda
está mi terciá solo,
ni se mueve ni respira
porque le ha muerto mi todo.

4.ª

En ningún terciá y primera
he visto la dos y tres
donde un prima y segunda
mató yo el todo una vez.

(La solución en el número próximo.)

Solución á las charadas del número anterior.

1.ª Impuesto.—2.ª Comedia.—3.ª Perico.

Acertadas por D. R. Alvarez, un Garbancero, D. M. Gonzalez, Yo, D. E. de la Pisa, D. P. de G., D. R. L. V., dos estudiantes de Salamanca, D. Anselmo Martinez, D. B. Carrasco, D. M. Izquierdo y D. E. Gimenez.

ACERTIJOS.

1.ª

Verásme en una de tí,
aunque no todos los días;
dey pesares y alegrías,
huyes á veces de mí
y otras me desearías.

2.ª

Siendo pobre, soy señor;
siendo soltero, casado;
siendo discreto, hablador;
siendo cesante, empleado,
y siendo leal, traidor.

3.ª

Lo mismo que el ave vuela,
aun cuando ave no soy;
laboriosa me hizo el cielo,
y por eso yo sin duelo
al haragan muerte doy.

4.ª

¡Ay cuán grande es mi desdicha
y cuán cruel es mi suerte!
dispuso mi sino fuerte
que quien me dá mayor dicha
acabe por darme muerte.

GEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Solución al geroglífico del número anterior.

Del árbol caído todos hacen leña.

Acertado por D. R. Alvarez, un Garbancero, D. M. Gonzalez, dos estudiantes, D. A. Martinez y D. E. Gimenez.

¡OJO!

EL ALMANAQUE DEL GARBANZO
aparecerá antes de terminar el mes.

Más de cuarenta artículos festivos,
poesías, chistes, ocurrencias, etcétera,
etcétera, por los primeros escritores del Atlas. Treinta caricaturas
GRATIS á todo el que se suscriba
por un año. 4 rs. en toda España.
No se descuiden los corresponsales en
hacer sus pedidos.

Las personas que hayan de anunciar
en las últimas hojas del Almanaque
no tienen ya *más que ocho días de tiempo*.

MADRID, 1872.—Imprenta de Julian Peña,
calle del Olivar, 22.